

“AGUARDANDO LA LUZ”

MEDITACIÓN ANTE EL

SANTÍSIMO CRISTO DE LA CARIDAD

EN SU TRASLADO AL SEPULCRO

Lutgardo García Díaz

Parroquia de San Andrés

Sevilla 28 de marzo de 2009

“AGUARDANDO LA LUZ”

MEDITACIÓN ANTE EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA CARIDAD EN SU TRASLADO AL SEPULCRO

I

Has querido Señor, que aquí estuviera.
Que viniera esta noche a contemplarte
en el blanco sudario donde mueres
aguardando la luz del día tercero.
Has querido que fuera mi palabra
la que rasgara el velo de silencio
que edifica tu cuerpo sin latido
y así surcara a tientas la penumbra
donde reluce a solas tu blancura.
Me he ido quedando solo, sin saberlo,
y ahora soy una voz a quien doy alas
y echo a volar despacio en esta noche,
como el naufrago arroja la botella
cargada de esperanza en el océano...
Sólo estamos Tú y yo, en la negrura
no se escucha más voz que la que entono
ni se observa otra imagen que tu rostro.
Casi sin comprender te miro ahora,
cuando el cielo convoca a las estrellas
y el jazmín despereza su blancura;
cuando el recuerdo cruza las esquinas
y las voces, muy quedas, se sinceran.

Te tengo para mí, para mis ojos,
para el labio que ansía ya besarte,
para estas manos torpes que quisieran
abrazarse a tu carne sin latido
y respirar, si es que algo aún perdura
del olor de tu piel que a amar convida.
Después de la condena y el flagelo,
de la cruz arrastrada, de los golpes,
bofetadas, insultos y las burlas,
después de la corona y de los clavos,
se ha quedado una paz de mar en calma
donde tu piel serena el blanco lino
de la sábana fresca que te abraza.
A mis pies te han traído en esta noche.
Perfumada de ungüentos y de aloe
la escarchada blancura de tu carne,
aliviada tu piel de las heridas,
borrados los regueros de la sangre,
descansada tu frente de la espina,
sin rastros de violencia, ni de gritos,
porque las aguas vuelven a su cauce
y su cauce es la paz que hoy nos ofreces.
Se ha quedado tu boca sin sonido,
no despunta siquiera una palabra
que venga a despertarse de tus labios
y ser más que un esbozo o un recuerdo
que nos digan a todos quién has sido.

Tus músculos olvidan a tus nervios
que discurren callados cuerpo abajo
sin entregarle impulsos a tu carne,
y el potrillo del pulso no galopa
por la cañada fiel de tus arterias.
Ahora miro tus manos sanadoras,
tus dedos, suspendidos, ya sin fuerza
para quebrar el pan que nos da vida,
ni poder abrazar como quisieras,
a todos los que a aquí te acompañaron.

Cual cincelada en mármol veo tu cara
interrogando al sueño por la estrella,
por la luz de la tarde y el sonido
de las olas del mar contra la roca,
por el zumbido dulce del insecto
en el copo callado de la hiedra,
por el tacto sonriente del arroyo,
por el aroma suave de la tierra
benedicida y mojada tras la lluvia,
por la plata apagada del olivo,
y el murmullo silbante de la brisa
en la umbría divina de los montes.
Pero tú ya no hablas, ni te expresas,
ni repartes el pan ni das la mano,
ni sonrías, ni lloras, ni acaricias,
porque la muerte crece por tu rostro

haciéndote materia pasajera,
recuerdo de tu voz y tu esperanza.
Y has querido Señor que yo estuviera,
para darle mi voz a esta penumbra
donde tu cuerpo yace sin latido,
esperando la luz del día tercero,
y has querido que venga hasta esta orilla
en donde el hombre espera que tu carne
regrese, victoriosa, de la muerte.
Y has querido Señor que yo estuviera
contemplando la muerte, cara a cara,
esta muerte que todos ocultamos
y cubrimos con paños por no ver
la interrogante muda que nos haces
cuando acaba este trozo de la vida.
Y has querido Señor que yo estuviera
descifrando el acero de tus labios.
Y le has dado a mi voz el privilegio
de conducir a todos mis hermanos
que ocupan su parcela de tiniebla
meditando el misterio de tu muerte.
Te ruego que hoy escuches las palabras
de todos los que están aquí contigo
configurando un coro de plegarias
que hasta tu oído llega sin errores.
Ahora puedo decir, con voz rotunda,
y revelar a todos los que oyeren,

que en su pálida curva sin aliento,
tus labios desde allí, desde tu muerte,
pronuncian otra vez: “No tengas miedo”.

II

Ten piedad de mis manos, de mi piel, de mi boca,
ten piedad de este hombre que a tus pies hoy se postra.

Ten piedad de estos labios que tu nombre pronuncian
y murmullan, y rezan hundidos en la sombra
estas pobres palabras que también se arrodillan
ante el hondo misterio de tu piel redentora.

Ten piedad del que viene lastimado de amores,
de antiguos Lunes Santos que mi nostalgia evoca.

Ten piedad de esta voz que viene aquí hoy a hablarte
con las dudas de siempre, sin domar, en la alforja,
con las manos que huyeron del pesado madero,
porque la carga es mucha, pero la fe muy poca,
ten piedad si mis puños pudieron lastimarte,
si negáronte el agua, alimento o la ropa.

Ten piedad pues fui débil, como pluma en el viento,
y me invadió una tarde la desdicha traidora
de la pena vital que dudó que nos trajeras
un paraíso azul como la mar y las olas.

Ten piedad de este oído que no supo escucharte,
que olvidó tus palabras, para seguir a otras,
ten piedad del que viene con sus viejos errores
de tropezar de nuevo contra las mismas rocas.

Ten piedad de este hombre que no supo seguirte
y olvidarse de todo por buscar tu persona.

Te piedad pues caí en el lodo de la envidia,
en la vieja avaricia que enloquece y trastoca,

en el miedo cobarde de decirme tu amigo,
en el rencor que afila su zarpa vengadora,
en la ira que ciega y ofende al hermano,
en la negra soberbia que engaña y endiosa.
Ten piedad pues no tuve compasión del más débil,
ten piedad pues no supe llorar con el que llora.
Ten piedad, pues también yo le di golpes al clavo
sin saber que tu cuerpo se clavaba en mis cosas,
sin saber que mi mano se sumaba al castigo
con latigazos mudos en tu piel salvadora.
Ten piedad, ahora vengo cansado y confundido,
buscando en mi negrura la lumbre de tu aurora.
Ten piedad pues te llamo como aquel día en lago
cuando la barca andaba perdida en la zozobra
y mientras Tú dormías, tus amigos gritaban
a la par que las olas golpeaban la proa.
Voy sin otro equipaje que mi humana miseria,
mas me queda esperanza, llevo amor en mi bolsa,
me florecen los sueños de navegar contigo
por la inmensa mar donde la vida desemboca.
Despiértate Señor que vengo así, de regreso,
sin caretas ni trampas, con mi verso sin ropas,
la brújula del alma ya ha encontrado tu cuerpo,
ten piedad pues espero que me encuentres Tú ahora.

III

La muerte es como un hueco donde todo se olvida.

Un paréntesis mudo donde no crece nada.

Un silbido del viento entre las viejas encinas.

O un aullido de perros en un claro de luna.

La muerte es un océano cansado de inviernos.

La camisa gastada. Un peine desdentado.

Una vieja guitarra sin seis cuerdas tensadas
que despierten acordes del brocal de su vientre.

La muerte es como un niño, sonriendo en un retrato
color sepia y cansado, sin que a nadie recuerde.

Un reloj palpitando, dictándole segundos
a una casa vacía donde ya no ama nadie.

La vieja mecedora columpiando a la brisa.

La muerte es una huerta maleada de ortigas.

Sinuoso camino que conduce a la playa
donde un mar acerado sin voz desobedece
a una anciana corriente de energías lunares,
mientras rompen las olas con sus labios de espuma
susurrando perennes sin quillas ni gaviotas.

Una hilera de hormigas en la paz de la siesta.

Zapatos que se alejan en la calle entre sombras.

La muerte es suave musgo por la tapia encalada.

La muerte es el silencio, y una cara tapada...

Mas la muerte no sabe que los niños sonrían,
ni que la hoja se esconde por la parra reseca,
ni que la roca encierra manantiales umbríos,
ni que el viento conduce a la esperanza del polen
por ser flor que renazca la nueva primavera.
Me resisto a creer que Tú estés en esta muerte
que apacienta la escarcha y siembra la herrumbre
mientras crece en desorden el polvo del olvido.
Me resisto a creer que Tú estés en esta muerte
sin palabras, ni luces, ni aromas, ni abrazos...
Yo sé que Tú sonríes bajo el mármol tranquilo
del rostro del que huye la sangre violentada.
Yo sé que Tú dormitas, esperando la hora,
soñando con un monte donde crece el almendro
y los pájaros vuelven a posarse en sus nidos
acallando el jolgorio de los nuevos polluelos,
mientras las vacas mugen a la par que atardece
y en las ubres, tranquilas, se alimentan las crías.
Yo sé que Tú no eres prisionero del hielo,
pues hay un duende inquieto brotando en tus arterias,
y un bando de palabras asomado a tu lengua
y un río de esperanza fraguándose en tu boca
esperando que el Padre encienda al fin la mañana.
Regresarás entonces al campo de amapolas,
a la fina llovizna que renueva la vida,
regresarás al viento, y en el pan bendecido
irás anticipando, a pedazos, tu cielo.

Regresarás al gusto, al calor de la casa,
a las manos hermanas que sanan las heridas,
y uno se sabe en ellas guarecido de espantos.
Regresarás al sitio donde siempre estuviste,
y el viento irá cantando su alegría en las hojas,
mientras vuelve a sentirse tu corazón ardiendo
en la calma plateada de los blancos Sagrarios.
Regresarás al sitio donde aguardan los tuyos,
a la silla de siempre, al calor de la lumbre,
y tu voz corriendo, cual moneda de oro,
irá de casa en casa, de familia en familia,
proclamando que has vuelto, que la vida merece
entregarla en un sueño si ese sueño es tu nombre.
Regresarás entonces, porque todo regresa
pues no hay sol que no torne por los campos de oriente,
y Tú vendrás cual astro, cuando todo se apague,
llamando uno a uno a los que un día te amamos
mientras partes la hogaza de tu blanco misterio
y los peces se doran en las brasas ardientes.
Regresarás entonces y no habrá ya más miedos.
Acallarás los llantos y enjugarás las lágrimas.
Ya nadie dudará de que estaremos contigo
permaneciendo por siempre en tu amor infinito.

IV

Tú no eres Dios de muertos,
Tú eres el Dios de la vida.
Sólo con buscar tu rostro,
con encontrar tu mejilla,
tierna blancura de espuma
dañada de sangre antigua,
para saber que no hay miedos,
ni temblores, ni ruina,
pues solo mirar tu rostro
hasta el alma se ilumina.
Sólo con soñar tus ojos,
con vislumbrar las rendijas
donde tus párpados vienen
a insinuar tus pupilas,
para saber que detrás
de la negrura nos miras
y a renacer como Tú
tiernamente, nos convidas.
Déjame que bese ahora
el hueco de tus heridas
por donde tu sangre anduvo
buscando la luz del día,
para caer, poco a poco,
en el vientre de la arcilla
y alimentar, entre cardos,
a las rosas redivivas.

Ahora contemplo la cara
que tu cabello acaricia,
las sienes donde el sudor
fue sorteando las espinas,
y con riachuelos de sangre
por tu carne se fundía
bajando, tranquilamente,
el valle de tu mejilla.
Pero aquí no quedan rastros
de tanta maldad reunida,
no queda de la batalla
ni tan siquiera una brizna,
pues cuando se abrió el silencio,
cuando tu voz se moría
y se quedaba tu carne
sin voluntad, suspendida,
el cielo se fue plomando
y descendió una llovizna
que fue empapando tu cara
para dejarla tan limpia,
tan curada de hemorragias
de salivazos y heridas,
que vuelto a nacer de nuevo
tu semblante parecía.
Con las luces del ocaso
las últimas golondrinas
cantaban su miserere

haciendo rueda en la brisa
mientras limaban tu rostro
de la púa y de la astilla.
Las manos que tanto amaban
y en silencio te seguían,
te envolvieron, como joya,
en esta sábana lisa
de lino bien perfumada
con las esencias antiguas.
Y en ese instante te encuentras,
rumiando tu despedida
cuando entre manos te lleven
a la oscuridad vacía,
del nicho nuevo excavado
bajo la paz de las lilas.
Allí te espera ya el sueño
de la gracia renacida
cuando en la mañana nueva,
con la piedra recorrida,
la muerte quede por siempre
destronada y destruida,
pues no eres Dios de muertos,
que eres el Dios de la vida.
Yo sé bien que esta mortaja
no es nada más que semilla
que crecerá poco a poco
para florecer un día.

Yo sé bien lo que se fragua
en tu yerta anatomía,
pues es como mariposa
que en su capullo dormita.
Y es que ahora, más que nunca,
en esta sábana fría
que a tu cuerpo desarmado
lo hace volar y lo abriga:
Tú eres el Dios que alimenta,
que apacienta, que cultiva,
eres el Dios que construye,
eres el Dios que imagina,
eres el Dios que da fuerzas,
que regala, que germina
y eres el Dios que transforma
y hace el Pan de las espigas.
Y aunque no hables, oh Dios,
aunque tu carne esté fría,
aunque tu boca entreabierta
parezca hueca y vacía,
tu mansedumbre me dice
que vendrás el Tercer Día,
Entonces el mundo entero
se colmará de alegría,
y cuando raye la aurora
con el frescor de la brisa,
con el lucero del alba,

con la campana encendida,
con la luz de los jazmines
irá cantando Sevilla:
Tú no eres Dios de muertos
Tú eres el Dios de la vida.

V

Dale tu Caridad a nuestras cosas
mansísimo Cordero de Dios Padre.
Derrámanos tu amor por cada día
y lluévenos Señor despacio y hondo
hasta que se desborden los arroyos
y empantane tu amor toda la Tierra.
Recubre con tu amor todas las cosas
como el manto de plata del rocío
que a la vez que acaricia vivifica
y preludia la luz del día nuevo.
Dale tu Caridad a nuestro mundo,
que ignora tu misterio y tu palabra.
Dale tu caridad a los que hieren,
los que esgrimen puñales, no razones,
a aquellos que amenazan porque piensan
que es mejor combatir que dar la mano.
A los que están enfermos en sus camas
entre bolsas de suero, mascarillas,
pijamas que destilan vaho de muerte,
mientras respiran cielo embotellado.
Los que esperan el beso y la caricia
y dando bocanadas a la vida
aspiran a tus manos redentoras.
A los que viven la inmensa pesadilla
de músculos de trapo que no sirven
y saben la anarquía de unos nervios

que ignoran que algún día fueron reyes
a los que obedecía el cuerpo entero.
A los que caminar se les olvida.
A los que respirar es un esfuerzo.
A los que dialogar es un milagro.
A los que olvidan todo lo que fueron.
A los que su gastada anatomía
se hace peso de plomo, inamovible,
pero quieren soñar, vivir los días,
tener la libertad de ser amados,
aunque muchos los crean un estorbo,
y quieran decidir también por ellos.
A los que están sedientos de justicia.
Los que esperan que llegue un nuevo día
sin tapias ni barrotes ni alambradas
por reescribir la historia de sus vidas
tras la sombra callada de la cárcel.
Los que montan sus sueños en pateras
por donde navegando va el futuro
empapado de sal y de oleajes,
en noches sin rocíos ni galaxias..
A los niños que nacen, como el mío,
a este mundo cansado de valores.
A los niños que nunca serán niños,
ni aprenderán a amar ni a sonreír,
ni alegrarán los días de un anciano
pues serán condenados en un vientre

por la razón sencilla, de existir
a contratiempo ya desde el principio.
Por habitar un vientre que no espera,
que no se moldeará al son de los meses,
ni abrirá los postigos de la vida
para invitar, así, a que descubran
el color de la espuma y el cerezo,
la luz de las salinas y la tarde,
la tristeza pequeña del jazmín,
ni la plata vibrante de la estrella.
A los que imponen lemas y doctrinas.
A los que rompen cruces de madera
por mor de libertades que no llegan
a ser más que falacias y cadenas.
A aquellos que una tarde te olvidaron
y ahora viven ajenos a tus brazos
pues no es fácil volver y amar de nuevo.
A los que tropezamos cada día,
ayúdanos a alzarnos de los suelos.
Dale tu caridad a nuestras cosas.
Sabes que somos frágiles, caducos,
polvo somos y al polvo volveremos.
La tarde en que vayamos a la tierra
buscando la llamada de tus dedos,
solamente el amor que Tú nos diste
salvará del olvido a nuestros cuerpos.
Será entonces, Señor, cuando la arcilla

que amasaron tus manos de alfarero,
cuajada de tu amor irá esperando,
mientras resurge al fin todo lo bueno,
y en la paz de tus brazos se recuesta
para resucitar contigo luego.

VI

(STABAT MATER)

No está. Pero está. Aunque no vemos su estampa, sentimos su presencia. Y es que tu piel guarda aun el aroma de su carne, en las líneas de tu epidermis hay rastros, indicios del amor que te albergó durante nueve lunas. Ahora, desde la oscuridad Ella nos contempla mientras llora calladas lágrimas de esperanza. Lágrimas que resplandecen, secretas, como diminutas amanecidas...

Al pie de la Cruz estaba
abatida y lacrimosa,
pálida flor temblorosa,
que de pena se cuajaba.
Al pie del dolor, callaba,
contemplándote partir.
Y aunque te escuchó decir:
“¿Por qué me has abandonado?”
No se apartó de tu lado
en el trance de morir.

Amargamente callada
en un rincón de la sombra,
el rostro apenado alfombra
una lágrima salada.
Viene acunando a la nada
entre sus manos abiertas.
En sus mejillas desiertas
cae la luz de atardecida.
Pero Ella espera a la vida
pues sabe que Tú despiertas.

Al descender del madero,
te envolvió con cada brazo
y ocupaste su regazo,
sacrificado Cordero.
Fue posándote un “te quiero”,
con los labios, en la frente.
Te abrazó muy suavemente.
Te protegió con su aliento.
Se puso a llorar el viento
mientras ardía el poniente.

Caminando al cementerio.
Aquella quien dio costura
ahora va a la sepultura
del mismo Dios, qué misterio.
La muerte da cautiverio
a tu piel inerme y fría.
Mas el alma de María
a la par que llora y reza,
va fraguando, con certeza,
que volverá al tercer día.

Lleva en sus manos la espina
que lancinaba tu sien.
Su mente vuela a Belén
y en sus brazos te imagina,
envuelto en la luz divina

de aquella Natividad.
Ahora en esta soledad,
bendice tu cuerpo inerte
y haber tenido la suerte
de alumbrar tu Caridad.

Dulce Madre silenciosa
traspasada en el Calvario,
sobre el albor del sudario
la salvación hoy se posa.
La carne marfil y rosa,
la oscuridad de su pelo,
se irá marchando en un vuelo
hasta el sepulcro excavado.
Con el pecho traspasado,
enlutada la figura,
deja ya, con amargura,
su corazón enterrado.

El sol que va en retirada
se dibuja en tu diadema,
y como hermoso poema
cae la luz en tu mirada.
Tu tez está maltratada
por los cristales del llanto.
La lisura de tu manto
irá prestándote abrigo,

mientras se marche contigo
la tarde del Lunes Santo.

Las Penas que te dan nombre
serán, después, alegrías
cuando pasen los tres días
y venga la luz al hombre.
Cuando el alba desescombe
los temores del pasado,
Él regresará a tu lado
a tu candor de novicia,
para darte la primicia
de que ya ha resucitado.

VII

Por eso, porque resucitas, cobra sentido esta adoración a tu muerte, a tu entrega. Déjame que te rece con la oración que aprendimos de niño siguiendo tu magistral enseñanza:

Padre Nuestro que estás en esta muerte
que todos algún día poblaremos
con la esperanza puesta en que vendrás
a rescatarnos luego con tus dedos.
Padre Nuestro que estás en esta muerte,
que todos algún día gustaremos,
bendita la alegría de nombrarte,
de pronunciar tu nombre en el silencio,
mientras se van tornando nuestros labios
establo donde Tú naces de nuevo.
Permite que gocemos en la tierra
de la Gracia celeste de tu Reino,
dale fuerza, también, a nuestras manos
para que cada día cultivemos
y hagamos germinar en nuestro mundo
la semilla de amor de tu Evangelio.
Tu voluntad se cumpla cada día,
aunque a veces, Señor, no comprendemos
las inclinadas líneas con que escribes
tus divinas razones y argumentos,
los difíciles lazos con que amarras
tus cosas en la Tierra y en el Cielo.
Dale tu pan de vida a nuestras casas,

y no nos falte nunca el alimento,
la rubia bendición de los trigales,
el mosto redentor de los viñedos
frutos de nuestras manos y tu gracia,
que a tu carne, después, darán sustento
cuando sean alzados una tarde
para hacerse divino Sacramento .
Perdónanos, Señor, nuestra malicia
pues a diario herimos y ofendemos,
y a base de injusticias y omisiones
te clavamos de nuevo en el madero.
Perdónanos Señor, pues si nosotros
lo hacemos con los que nos ofendieron,
cómo no lo harás Tú, cuando Tú eres
el Amor entregado vivo y pleno.
Ahuyenta de nosotros los caminos
que emanan tortuosos del sendero
y nos van alejando de gozarte
creyendo que esos son los verdaderos.
Y líbranos, oh Dios, de todo mal,
que no nos entretengan sus enredos,
que no nos cieguen nunca sus encantos
disfrazados con pieles de cordero.
Condúcenos Señor hasta la vida
y haz que un día contigo la gocemos,
cuando vengas Señor para llevarnos
a la eterna morada de tu Cielo.

Y hasta entonces, por todo y para todo,
tu Caridad nos de su paz y aliento.

Amén.

VIII

Aquí queda mi meditación. A tus pies. Como el beso que de niño aprendí a dejarte, convertido hoy en beso maduro espiritual y poético. Ya sabes que había soñado estar aquí, contigo, una noche, aunque nunca esperé que esto ocurriera tan precozmente. Solo te pido, ya en prosa, que mantengas a mi familia siempre unida y resguardada entre tus manos. Que el amor no falte un solo día en nuestra casa. Gracias por todo lo que de ti he recibido. Por el cariño y entrega que cada día me regala una de tus nazarenas. Ayúdame a mantener y transmitir este inmenso patrimonio de fe, esfuerzo y humanidad que mis padres me han dejado. Espero que algún día mi hijo venga a ti, y, besándote, enseñe a un hijo suyo a amarte igual que a mi esposa y a mí nos lo enseñaron. Entonces sabremos que todo ha merecido la pena. Me despido Señor, hasta pronto, muy pronto pues sé que...

Se hará tarde en San Andrés.

El sol se irá agonizando.

Como una acuarela malva

vendrá el cielo del ocaso.

Se hará tarde en San Andrés.

Desde la torre, doblando,

repetirá su quejido,

la campana, como un salmo.

El aire de la plazuela

de azules se irá quebrando

mientras recoge las llamas

la cal en los lienzos blancos.

Volverán los antifaces

puntiagudos, preludiando

ese cortejo de sombras

que en el aire van llevando

tu cuerpo silente y dulce

como un lirio marchitado,

hacia el sepulcro que aguarda
en el jardín excavado.
Vendrá la plata callada,
y vendrán los pies descalzos
musitando su oración
entre azahares ajados.
Escucharemos la cera
llorando sobre el asfalto
mientras rezan en los dedos
las cuentas de los rosarios.
Reloj de bruma y de plata,
se acercará el incensario
despidiendo bocanadas
de nubes hacia lo alto.
Entonces, por una equina,
resplandecerá el canasto,
y con paso presuroso
vendrá caminando el paso
mientras emergen las formas
de tu postrero Traslado.
Entre manos extendidas,
entre presurosos pasos,
tu cuerpo vendrá en el aire
posado en un paño blanco.
Caído, sin fuerza alguna,
tu cabello derramado
con su rizada negrura

sobre los hombros morados,
tus labios sin su ternura,
tus párpados ya cerrados,
las heridas ya sin sangre
que violente tu costado,
y tus dedos ya rendidos
acariciando el ocaso.

Tú pasarás silencioso,
discreto, cuasi sonámbulo,
La ciudad, con luz de cobre,
te irá rezando despacio,
mientras vuela la saeta
desde los balcones altos.

Y ya no serás tan mío.

Y yo estaré preguntando
si es verdad que estuve aquí
tan cerca de tu costado,
si te susurré al oído,
si pude sentir tus labios,
si solo por un instante
te quise estar abrazando...

no sabré si fue verdad

o si lo estuve soñando.

Y yo te lanzaré un beso,
como el que ahora te mando,
de rodillas, ante ti
apaciguando mi canto,

sabiendo que un trozo mío
ya irá contigo, soñando,
cada vez que en San Andrés
prenda la luz del ocaso,
y al preguntar los vencejos
con su respunteo alado,
por quién doblan las campanas
arriba, en el campanario,
mi corazón les dirá,
dolido y emocionado,
que en cielo de Sevilla
ya es de nuevo Lunes Santo.

Sevilla 28 de marzo de 2009.

Parroquia de San Andrés.

Lutgardo García Díaz.